



Fernando Herrero

Se estrena *Gangs de Nueva York* y la saga de *El Padrino* toma nueva vida. La mafia en dos épocas. En el primer caso, los *whasp* protestantes y los irlandeses católicos, intentando adueñarse de la ciudad baja, los cinco puntos o calles confluentes que significarán el dibujo urbanístico y el ámbito esencial de la lucha por el poder. Se nos narra también una revuelta sangrienta contra el alistamiento militar obligatorio (salvo que se pagaran 300 dólares) previo a la Guerra de Secesión, y su influencia en la vida del joven país, la institucionalización de la violencia ilegal y la represión igualmente cruenta. En la saga de Coppola son ya otros tiempos. La mafia asesina en las calles, pero las familias se someten a una especie de pacto con territorios delimitados, que se rompe cada uno o dos lustros. Vito Corleone, *el Padrino*, está inspirado en dos figuras reales, Genovese y Costello. La violencia es menos ciega, pero igualmente implacable cuando se cree necesaria, incluso en los tiempos en que el aparato de falsa respetabilidad quiere conseguir pactos económicos con la propia Iglesia romana.

Lo tremendamente significativo de estas películas es, precisamente, la ausencia del Derecho, de la Justicia. Se multiplican los asesinatos, las extorsiones, la corrupción, que llega a tocar al Vaticano. No hay jueces, ni procesos (salvo una investigación en el Senado), ni condenas. Es la imaginación cinematográfica, pero la realidad no lo desmiente (el propio Capone fue encarcelado por evasión de impuestos). Hoy mismo existen mafias de todo tipo que, a pesar de su violencia, son raramente tocadas por la Justicia. El tejido de intereses que se forma hace muy difícil penetrar en su corazón. Podrán caer —en Italia ha sucedido— algunas piezas, pero el conjunto se mantiene. Y hoy mismo al llegar a Palermo nos encontramos con que su aeropuerto se llama *Falcone-Borsalino*, aludiendo a los dos jue-



Mafias y Justicia

ces asesinados impunemente en Sicilia: homenaje tan merecido como terrible por lo que significa para la salud moral de una sociedad determinada.

La lucha por el poder, pequeño o grande, y la desvinculación social crean una estructura paralela más o menos amplia. En *Gangs de Nueva York* es la parte baja de la ciudad el campo de batalla primitivo y salvaje, pintoresca en sus iconos, en sus imágenes barrocas, en sus rituales cruentos, eso sí, unido todo a una extraña concepción religiosa, en las dos caras, la protestante y la católica. Ni un solo abogado ni un solo juez surgen en el entramado

de estas historias que fueron la base de una urbe mítica. Precisamente, las últimas imágenes de *Gangs de Nueva York* enlazan la ciudad del film con el futuro, incluyendo las Torres Gemelas, destruidas por un atentado terrorista el 11 de septiembre del año 2001. El Derecho también será vulnerable en estos dos últimos años posteriores aunque la mafia tenga otros nombres.

La saga de Coppola ocupa una gran parte de la historia reciente de los Estados Unidos de América. Concebida desde varios ángulos, integra una visión de la tragedia griega con la producción dramática de Shakespea-



re (*El Rey Lear* y *Macbeth*, fundamentalmente). La relación es muy directa y por ello mismo no extraña que el montaje de Calixto Bieito de la última obra citada se sitúe en los años 70 y en el ambiente de la mafia. Los films en sus diversas plasmaciones (la baja, la media y la alta), que configuran una sociedad, «otra», en la que el Derecho ha desaparecido, excepto cuando se corrompe a policías y jueces.

Así, no sorprende del todo esa impunidad ante cualquier tipo de delito. La red de complicidades es demasiado fuerte y la *omertà* o Ley del Silencio, regla de oro para los mafiosos de antaño (y, en cierta forma, para los de

ahora), se quiebra por las traiciones contumaces que no hacen sino descubrir la podredumbre interna de lo que se consideraba falsamente como una especie de honor familiar. Las relaciones de la justicia contra la mafia se concretaban fuera de los tribunales en la mayor parte de las ocasiones. En *Gangs de Nueva York* ninguno de los pertenecientes a los grupos enfrentados fue condenado después de un juicio con garantías. La impunidad o la represión brutal se imponen como malignas alternativas.

Las mafias financieras son las más modernas. En Estados Unidos se ha revelado una

serie de procesos especulativos que han contribuido a la ruina de muchas personas y al enriquecimiento injusto de unas pocas. Habrá que esperar a ver si los tribunales funcionan, si el mundo del Derecho es, realmente, un freno para el delito, por muy travestido que éste esté. En la historia de la mafia italiana en Estados Unidos sólo algunos de sus hombres han pasado por los tribunales. Se transformó desde dentro, al compás de las circunstancias, pero ninguna duda puede cabernos de su peligrosidad actual, de su venenosa capacidad de contagio. El día de hoy nos demuestra que esa lucha se ha perdido y que las mafias, múltiples mafias, son poderosísimas y las cabezas rectoras permanecen casi impunes. La sociedad civil poco tiene que hacer contra ellas.

Y ¿el Derecho? ¿Tenemos todavía que creer en el Derecho? El nacimiento de Nueva York, según nos cuenta Scorsese, se consumó bajo el signo de la violencia y la brutalidad, poniendo a Dios (el de unos u otros) como testigo o como protector en una escandalosa visión de lo verdaderamente espiritual, que hoy sigue produciéndose de igual manera hipócrita. El Derecho y la Justicia asistieron impotentes a los sesenta asesinatos de la trilogía de *El Padrino*. La Justicia no apoyó a la sociedad en esa lucha contra la corrupción y el delito. El Derecho en estos casos ha sido sólo una palabra. La reflexión que surge de estas películas, de sus connotaciones históricas (ritual en el caso de Scorsese, más entomológica y precisa en Coppola) y del juego de poderes es profunda. En pleno siglo XXI la presencia de la Justicia en la vida cotidiana, en la nacional y en la internacional, no está todavía consolidada. Muchos crímenes quedan impunes. Hay, pues, que luchar para, paso a paso, conseguir que el Derecho sea verdaderamente esencial, por encima de clanes y mafias, aunque ahora no lleven esos nombres y se desenvuelvan escondidos en otros más respetables y peligrosos. ■

